

San Alonso de Orozco

El 24 de abril del año 2001 Juan Pablo II reconocía solemnemente el carácter milagroso de una curación acaecida en Salamanca el 17 de diciembre de 1888 por intercesión del beato Alonso de Orozco. Era la curación instantánea de Fabia Castro, una mujer de 24 años que siete días antes había quedado paralítica a consecuencia de un accidente doméstico. Con ello su proceso de canonización entraba en la recta final. El Papa dio los últimos pasos en el consistorio del 26 de febrero 2002 al anunciar su canonización, que tuvo lugar el 19 de mayo del mismo año en una solemne ceremonia celebrada en la plaza San Pedro por Juan Pablo II.

Alonso de Orozco dice poco al cristiano de hoy. Su nombre apenas es conocido, por más que últimamente se le hayan dedicado algunas biografías y ensayos, se hayan reeditado algunas de sus obras y su cuerpo sea custodiado con piedad filial por sus hijas del colegio Beato Orozco, un oasis de paz en los alrededores de la Ciudad Universitaria de Madrid.

Sin embargo, Orozco es una de las grandes figuras de la Iglesia y de las letras españolas. Dejó huella en la mística, en la vida religiosa, en la predicación, en la catequesis y en los anales de la santidad. Fundó cinco conventos, entre ellos los de Santa Isabel de Madrid y María de Aragón, sede actual del Senado, y escribió unos 60 libros; y, ante todo, fue un predicador y un “empresario de la caridad”, como le ha llamado uno de sus últimos biógrafos. Disfrutó del aprecio de los grandes de la tierra, desde Felipe II, que siempre lo quiso a su lado y acudió a visitarle en su lecho de muerte, hasta el arzobispo de Toledo y escritores como Quevedo y Lope de Vega, pero se encontraba más a gusto entre la gente desvalida que se agolpaba a las puertas de su convento y le rodeaba a su paso por las calles de la ciudad. Ricos y pobres, letrados y analfabetos, todos encontraban en él un consejo, una palabra de alivio, y a menudo también el remedio de sus necesidades espirituales y materiales.

Infancia y juventud

Alonso nació en Oropesa (Toledo) el 17 de octubre de 1500 mientras las campanas de la parroquia invitaban al rezo del ángelus. Era el primer anuncio de su futuro fervor mariano. El segundo haría su aparición en el bautismo cuando su madre le impuso el nombre de Alonso en recuerdo de san Ildefonso, el obispo enamorado de la Virgen. Su padre Hernando de Orozco procedía de los valles de Vizcaya y era alcaide del castillo local. Sus tres hermanos serían religiosos. Francisco moriría de novicio en los agustinos de Salamanca; Francisca sería la primera priora de las agustinas de Talavera de la Reina; y otra hermana, a la que el santo dedicó el “Desposorio espiritual” y los “Soliloquios de la Pasión”, profesaría en un convento de Toledo.

En las *Confesiones*, escritas, a ejemplo de san Agustín, para alabar al Señor y celebrar sus misericordias, cuenta algunos lances de su infancia. De niño estuvo a punto de morir ahogado en el Tajo, fue monaguillo en la iglesia matriz de Talavera de la Reina y perteneció a los seises de la catedral de Toledo. Aquí recibió una formación musical que seguiría cultivando hasta el fin de sus días. En su ancianidad todavía gustaba de rasgar las cuerdas de un clavicordio.

A los 14 años sus padres le llevaron a Salamanca, “donde estaba un hermano mío, mayor de edad, estudiando”. Tras ocho años de estudios jurídicos, el 8 de junio de 1522, ingresó en la orden agustiniana. El noviciado fue para él tiempo de lucha y tentación: “¡Oh cuántas veces estuve determinado de dejar la vida santa que había comenzado!”. Con la ayuda de su maestro salió airoso de la prueba y el 9 de junio del año siguiente emitió sus votos en manos de Tomás de Villanueva, que acababa de ser llamado a regir de nuevo la comunidad salmantina.

En el noviciado embocó la áspera senda de la austeridad y por ella caminará a lo largo de su larga vida. Su primer biógrafo escribe que “desde que tomó el hábito pasaba con media libra de pan y un cuarterón de vianda; vestía una túnica de sayal [...], no comía al día más que una sola vez y ésta tasadamente; tenía disciplina

tres veces por semana, dormía sobre una tabla y traía cilicio [...]; no dormía arriba de tres horas” .

Del noviciado salió lleno de escrúpulos, “un tormento que no deja reposar, un gusano que parece que lastima las entrañas, no deja comer ni dormir ni orar en reposo” . Le tuvieron clavado en la cruz durante 30 años, hasta que una noche oyó “grandes aullidos de perros y una voz muy blanda que le dijo: Alonso, vencidos van” . Desde entonces “cesaron aquellos bramidos por vuestra gran misericordia, sintiendo una serenidad y una paz que sola vuestra mano pudo obrar” . En adelante alabará al Señor por haber apartado de sus labios cáliz tan amargo, pero sin dejar de darle gracias por haberle hecho pasar “por fuego tan penoso” . En él había aprendido a “consolar a las almas cristianas que vos, por divino juicio, afligís con escrúpulos” .

Predicador

Hacia el año 1527 se ordenó de sacerdote. Poco después le vemos en Haro, Medina del Campo y Arenas de San Pedro, dedicado a la predicación. Ésta será su principal tarea a lo largo de su vida, sobre todo desde que Carlos V le eligió para predicador real (1554).

Este nombramiento condicionó su vida, forzándole a vivir en la corte. Tres veces pidió licencia para retirarse al convento del Risco, situado en las fragosidades de la sierra de Ávila, pero Felipe II nunca se la concedió: “no lo tengo de hacer por ninguna cosa [...]; no quería echar a los santos de su corte” . Pero, a la vez, le proporcionó una libertad de la que no habría gozado si hubiera permanecido bajo la jurisdicción de su orden. Sus 30 últimos años vivió en el convento agustino de San Felipe, situado en la esquina de la Puerta del Sol con la calle Mayor.

Alonso era un predicador culto, con buena formación humanística y versado en las ciencias bíblicas y teológicas. Conocía el griego y el hebreo y se movía con familiaridad en el mundo de los Padres de la Iglesia y de la teología escolástica. A san Agustín y santo Tomás los conocía a fondo y a ellos acudía frecuentemente tanto en sus sermones como en sus escritos. Como predicador real a menudo le tocaba hablar ante auditorios selectos. Pero se sentía más a gusto entre el pueblo llano y a él se dirigía en iglesias, capillas, oratorios y aun en las calles. Algún día predicaba hasta tres y cuatro veces. Estos sermones y la santidad de su vida le dieron gran ascendiente en la ciudad.

Como autor de un “Methodus praedicationis” apreciaba las normas de los antiguos tratadistas de retórica y se esforzó siempre por “enseñar, deleitar y mover” . Él buscaba siempre esta última finalidad, pero era consciente de que sólo podría alcanzarla a través de las otras dos y, sobre todo, con la oración. “El orador debe ser sabio y leído”, escribió en uno de sus libros, “tiene que revolver muchos autores [y] no ser prolijo, [porque] los fieles tienen sus tareas”. Nunca debería superar la hora, “pues lo que es mucho da pesadumbre y lo que es poco es apacible”. A la oración ha de dedicar “doblado tiempo [...] que al estudio y lección” , porque sólo Dios tiene la llave del corazón de sus oyentes. Y a la hora de pronunciar el sermón dé la preferencia a los más humildes: “pues los de vivo entendimiento comúnmente en los sermones son los menos y los menos entendidos son los más, se cumpla en breve con los primeros y se dé el mayor tiempo, bajando el estilo del decir, a los segundos” .

Sus sermones partían siempre de la Sagrada Escritura, “escuela y remedio que el Espíritu Santo nos dio para gran remedio nuestro y también para nuestro consuelo”, y se apoyaban “en la autoridad de la Santa Iglesia Romana que excede a la de cualquier doctor y a la de todos juntos”. Su contenido era muy variado, pero giran siempre en torno a los cinco temas que él mismo recomendaba a los predicadores: “lo que se debe creer, esperar, amar, evitar y hacer”. Insiste en la reforma de las costumbres y combate los errores de los protestantes que rompían la unidad de la Iglesia, desconocían la autoridad del Papa, negaban el valor de la oración y de los sacramentos, suprimían el culto de las imágenes y despreciaban la vida consagrada.

Al servicio de su comunidad religiosa

La primera parte de su vida la dedicó al servicio de su orden. De 1538 a 1557 fue prior de cinco conventos, consejero provincial y presidente del capítulo de Dueñas (1557), donde coincidió con fray Luis de León. Sorprende que se confiara el rumbo de una comunidad a quien tanta dificultad encontraba para dirigir su propia vida. Cada nueva elección era para él un martirio, pero, fiado en la ayuda de Dios, nunca retiró el hombro: “Si algunas veces, ordenándolo vuestros ministros, sentí pesadumbre en aceptar [...], al fin, peleando con mi voluntad, me sujetaba al yugo de la obediencia, en la cual Vos, bondad infinita, siempre me fuisteis favorable, de suerte que hallaba nuevas fuerzas adonde yo no pensaba” . Fiel a la norma de san Agustín, buscó más el amor que el temor de sus súbditos - “cuán gran martirio sea para los prelados este negocio de castigar no hay quien lo pueda significar con palabras” - y se esforzó por ser un espejo limpio en el que todos pudiesen mirarse y una fuente cristalina en la que todos pudiesen abrevarse.

Escritor poliédrico

En 1542, siendo prior de Sevilla, se convirtió en divulgador incansable de las verdades cristianas. Él mismo cuenta cómo recibió de labios de su Señora la orden de escribir. Pero también mueve su pluma el deseo de prolongar el eco de su predicación, “tratando de llevar lo más lejos posible su eficacia” . De 1542 o 1543 data su primera obra, *Regla de vida Cristiana*, a la que seguirían otras 60 en 50 años de ininterrumpida actividad literaria.

Sus libros son bastante heterogéneos tanto por su contenido, como por su método y sus destinatarios. El temario es amplísimo. Va desde la exposición bíblica, teológica o mariana, al tratado ascético, a la catequesis o a la oratoria sagrada, pasando por la vida religiosa, la hagiografía y la historia de su orden. Y lo mismo cabe decir de sus métodos. Junto a libros relativamente amplios y de entonación académica encontramos opúsculos de pocas páginas y de ágil escritura, salpicados de diálogos, confesiones personales y apóstrofes al lector. Y para que éste saque más provecho a menudo incluye al final del libro un breve resumen.

Publicó también abundantes sermones y fue cultivador asiduo del género epistolar, que le permitía llevar su mensaje a toda clase de personas. Escribe a reyes y príncipes, a obispos y misioneros, a sacerdotes, religiosas y seglares. Todos deben caminar hacia la santidad, pero por sendas diversas, y él se siente obligado a ayudar a todos a encontrar la suya propia, “cada uno según su estado y vocación. Sólo así evitará el peligro de convertirse en árbol estéril “plantado en el vergel de vuestra Iglesia romana”.

Piensa principalmente en el pueblo y por eso se expresa con sencillez y brevedad: “mi estudio ha sido quitar hastío al lector” . Sabía que “en pequeños libros puede haber gran utilidad” y que, “en viendo el libro grande” , se le tiene miedo y se huye de él. Se sirve del castellano, porque “el romance habla con toda nuestra nación y el latín con los menos” . Su prosa es excelente. Expresa con claridad los conceptos más abstrusos y gana al lector por su cordialidad, dulzura y transparencia. Menéndez Pelayo lo tuvo por “uno de los moldes más clásicos del habla castellana”. Y la Academia de la Lengua ha incluido su nombre en el *Catálogo de Autoridades*. En sus libros latinos emplea un lenguaje más solemne y majestuoso, de acuerdo con las reglas de la composición académica y con el público más cultivado al que van dirigidos.

Oración y amor a los pobres

Orozco fue un cantor inspirado de las excelencias de la oración. En 1971 Moliner escribió que, después de santa Teresa, ningún autor del siglo XVI la canta con tanto entusiasmo (*Historia de la espiritualidad*, 324). La oración es para él la puerta por donde entran todas las gracias, “el remedio de todos los males” y “la escuela donde se aprende a servir a Dios”. Trata de ella especialmente en *Vergel de Oración y Monte de contemplación* (Sevilla 1554). En ésta la describe “desde sus comienzos hasta su más alta perfección o más perfecto desarrollo”. Su oración personal, centro

neurálgico de su vida, tenía una clara entonación eucarística y mariana. Celebraba misa a diario y la aconsejaba a todos los sacerdotes: “no os engañéis diciendo no me siento devoto para celebrar, porque eso es decir que arda la lámpara sin echarle aceite o el fuego sin leña. El santo David dice que los carbones fríos son encendidos en la presencia de este santísimo fuego. Lleguémonos luego a él; que si flacos somos, él es nuestra fortaleza; y si pecadores, él es nuestra salud y remedio; y si tibios, él mismo se llamó fuego abrasador por su inmensa caridad y amor” (*Monte de Contemplación* 124). Recitaba todos los días un nocturno en honor de la Virgen más cuatro salmos y el Magnificat, uno por cada letra de su nombre. Le dedicó tres de los cinco conventos que fundó y cantó sus glorias en seis libros y numerosos sermones llenos de lirismo y piedad filial, y puso al servicio de sus privilegios su saber teológico y su genio poético. “No será difícil encontrar en castellano”, escribía a principios del siglo XX Nazario Pérez, “demostraciones más completas y menos sutiles del misterio de la Inmaculada. Pero relámpagos como los que brillan frecuentemente en los escritos del beato Orozco cuando habla de su misterio querido, no son fáciles de encontrar”. En todas sus necesidades recurría a ella y a ella atribuyó el fin de sus escrúpulos. La pasión de Cristo conformó su oración y su vida: “hacedme, Dios mío, este favor, que en tanto que yo viviere pueda decir con verdad: crucificado estoy con mi Salvador” .

Orozco fue siempre enemigo de singularidades, revelaciones y visiones: “no pide el redentor del mundo que se hagan milagros, porque no son menester [...] Lo que pide y quiere es vidas milagrosas, cristianos humildes, pacientes y caritativos” .

En la caridad con los pobres siguió los pasos de su maestro Tomás de Villanueva. A ellos dedicaba la tercera parte del salario que recibía como predicador real y por ellos llamaba con frecuencia a la puerta de gente acomodada y aun del mismo rey.

Muerte y glorificación

A pesar de sus frecuentes enfermedades Alonso llegó a los 90 años en condiciones aceptables. El 10 de agosto de 1591 la fiebre le deja sin fuerzas, pero sin impedirle predicar y confesar. A los 20 días tiene que guardar cama y otros 20 días más tarde, el 19 de septiembre, entregaba su alma al Creador abrazado a la cruz de palo de la que desde su frustrado viaje a México (1548) nunca se había desprendido. Durante la enfermedad, seguida con trepidación por la misma familia real, recibió el homenaje de toda clase de gentes. El cardenal Gaspar de Quiroga se acercó para darle de comer y recibir su bendición. Tras la muerte aumentó la afluencia. Quevedo dirá que la sintió “toda la corte [...] como hijos que quedaban sin padre” . Sin embargo, su proceso de beatificación se arrastró lentamente por más de dos siglos, desde 1619, en que fue incoado, hasta el 15 de enero de 1882 en que León XIII lo declaró beato. En el proceso diocesano (1619) declararon 401 testigos. Entre ellos encontramos, junto a gente del pueblo, prelados, cronistas como Antonio de Herrera y Gil González Dávila y escritores de la talla de Quevedo.

Fue enterrado en la iglesia del colegio de María de Aragón. En 1813 inició una peregrinación por varias iglesias de Madrid y Valladolid. Desde abril de 1978 descansa en la capilla del colegio Beato Orozco, en la Ciudad Universitaria de la capital de España.

Bibliografía

Obras completas, 7 vols., Madrid 1736; *Obras completas I. Obras castellanas* (1), Madrid (Bac maior 65) 2001; *Confesiones del beato Alonso de Orozco y memorial de favores y mercedes especiales recibidos del Señor*, ed. de L. Rubio, El Escorial 1990; ALONSO DE OROZCO, *Antología de sus obras*, ed. de J. Diez, Madrid 1991; T. CÁMARA, *Vida y escritos del beato Alonso de Orozco*, Valladolid 1882; Pablo PANEDAS, *Alonso de Orozco. El capellán de Nuestra Señora*, Marcilla (Navarra 1991); L. RUBIO, *Biografía [del beato Alonso de Orozco]*, El Escorial 1991.

Á. MARTÍNEZ CUESTA, OAR